

AUTORES Y ESCENARIOS

EN EL FUENCARRAL SE ESTRENO CON GRAN ÉXITO «LOS HAIGAS»

Los señores Taramona y Tejedor han hecho un libro titulado «Los haigas», con un complicado enredo, gracioso y distraído, que brinda ocasiones al maestro Moraleda para que nos muestre su magnífica línea melódica, sobre todo en un bolero, sencillamente delicioso. «Los haigas» tienen el consabido viaje, que despierta a los actores a diferentes países, y esto ha dado lugar a montar una serie de cuadros de lo más logrado que hemos presenciado hasta ahora en este género. Para ello la Empresa no ha reparado en gastos, pues tanto los decorados como el vestuario son de mucho gusto. Esta riqueza culminó en el final del primer acto, en el que se nos ofreció tres puestas en escena diferentes, con una rapidez y precisión dignas de todo elogio.

Manuel Alares hizo ayer su presentación después de larga ausencia, ante el público madrileño, y demostró su gran clase de actor cómico. Sin amaneramientos, sin resortes, derrochó comicidad de la buena, que el público le agradeció cumplidamente. Luis Heredia, magnífico como siempre, fue muy aplaudido en un mutis, y Manolo González muy entonado y gracioso en su amplio papel.

También se presentaba en el Fuencarral Lina Rosales como primerísima «vedette».

Guapa ella, simpática ella, y elegante ella, cantó, bailó y dijo su papel con muy buen sentido artístico. Hizo alarde de elegantes «toiletts», todas ellas de depurado gusto, a excepción de un pantalón «tres cuartas», que le restaba realce a su esbelta figura. Nieves Patiño, graciosísima y picara, se captó desde el principio las simpatías del público. Bellísima Ruth Molly, cantó con delicado gusto varias canciones, y dijo con garbo su papel. Muy bien la bailarina Marilís de Lagunar en todas sus intervenciones, y en particular en un baile oriental, en el que fué calurosamente ovacionada. Cooperaron al éxito Pepita Arroyo, Mari Carmen de Alvarado, O'Rico Gumá y el bailarín Francisco Cernuda. El estupendo conjunto de vicetiples ejecutó con gran disciplina y justeza la parte coreográfica, montada por el maestro Monra, y que en honor a la verdad hemos de decir que fué uno de los principales factores del triunfo de anoche en el teatro Fuencarral. La orquesta fué dirigida con gran acierto por el maestro Moreno Pavón.

Los aplausos no cesaron desde las primeras escenas. El público se deleitó con la música de Moraleda, rió con el libro de Taramona y Tejedor, y recreó la vista con tanta nota de color y tanta cara bonita. Un éxito de los de verdad. Creemos sinceramente que el Fuencarral ha encontrado la obra de los cientos de representaciones. SICILIA

EL ESTRENO ENTRE BASTIDORES

Hace tres o cuatro noches, viniendo de un estreno, pasé ante la puerta del teatro Fuencarral. Eran pasadas las dos, el tiempo inclemente y muchos mis deseos de llegar a casa; pero hasta la calle solitaria llegaba el débil eco de una música. «Ensayando», me dije, y entré.

El telón estaba levantado, y el escenario aparecía desnudo, desolado, como si hubiera pasado la guerra por allí. Sobre las tablas, un piano que toca sin descanso el maestro De Laurentis; junto al piano, grupos de hombres y mujeres con aire fatigado. La compañía trabajaba sin descanso desde el día anterior y sin saber cuándo podrían coger la cama.

Resulta curioso asistir a estos ensayos, donde queda de relieve exclusivamente el esqueleto de la revista, la columna vertebral de la «función», o sea lo fundamental, el sostén de un espectáculo. Luego, sobre el esfuerzo agotador de los ensayos, cae el oropel del vestuario, el maquillaje, los decorados, las luces, y, por último, la asistencia del público, el aplauso, el latido de los espectadores, que es a la revista como la última pincelada de perfume que se dan las mujeres en las cejas.

Hasta anoche, fecha del estreno, no comprendí que continuaba ensayando el número del circo. Anoche todo salió bien, medido y ponderado; pero yo continuaba recordando lo sucedido unas horas atrás.

La tensión acumulada durante los ensayos estuvo a flor de piel en el estreno, bordeando siempre ese difícil trance de enfrentarse con la sala abarrotada, y no de público ingenuo, sino de espectadores exigentes, críticos y demás, siempre dispuestos a regatear el aplauso. Para «Los haigas» hubo ovaciones perceptibles entre los bastidores y reflejadas en la satisfacción que estuvo retratada en la cara de don Manuel Taramona, autor y empresario, desde su puesto de observación, junto a las cortinas de la embocadura.

Basilio Ballesteros, tan pronto vestido de beduino como de oficial de Marina, nos «cojea» a Nieves Patiño, la saladisima actriz cómica, menuda, con tipo de tanagra, que hace reír a la gente y que mantiene su alegría entre los compañeros.

—¡Qué mal rato he pasado en la escena del simoun!—nos dice—. Con el ruido del viento, no había forma de oír una palabra al apuntador. ¡Menos mal que lo sabía de memoria!

Heredia se despoja de sus enormes bigotes de domador, bajo los cuales lleva otros, también postizos. Salen las chicas, hermosísimas dentro de sus pieles de

pantera javanesa, tirándole todavía zarapazos.

—¿No las tendrá usted miedo?—le preguntamos.

—¡Ya lo creo que sí! Sobre todo cuando sueño por la noche que estoy obligado a darles de comer.

—Pero le puede ayudar Tomás González, ¿no?

—Sólo para eso he venido a este teatro—asegura Tomás.

En esto, sin previo aviso, se apagan todas las luces, para encenderse unos focos azules. Me llevo un susto tremendo, porque en aquel mismo instante me estaba contemplando las manos para evitar que se me fueran los ojos detrás de Mary Carmen Alvarado. Mary Carmen está vestida de egipcia, y me acordé de aquello de la nariz de Cleopatra.

Pero decía que me llevé un susto; habían encendido la luz negra, y contemplé mis manos oscuras; mis uñas, blancas completamente; el traje azul, de color claro, y los zapatos, de un vago tono amarillento. Parecía el negativo de mí mismo.

Entre bastidores siempre se charla, se pisa fuerte y se tose, a pesar de los esfuerzos de Obiol, el regidor, una de las columnas sustentadoras, con Vicente López—el factótum de la utillería—; pero hubo un momento en que reinó un silencio desacomunado: Lina Rosales, la nueva «vedette» del Fuencarral, cantaba el fado «La carta», del segundo acto, una de las mejores cosas que ha escrito Moraleda. Lina Rosales viene a romper una tradición entre las primeras figuras de la opereta: es muy gu-

pa, pero casi todas suelen serlo; lo excepcional en ella es ser una mujer delgada, de magnífico tipo moderno. En Lina todo es armonía. Desea uno que le hubiera tocado el «gordo», tener en el bolsillo unos pasajes para trasladarse a cualquiera de los lugares que se aluden en «Los haigas» y en los prospectos de Cook y sentirse feliz sólo con su presencia, al tiempo que se experimenta ese humanísimo sentimiento de que el resto de la gente nos envidie.

Ahora, con un éxito extraordinario, se repite el bolero. A mi lado pasan las vicetiples, que han dado la vuelta, por dentro, al escenario. Van diciendo algo confuso y ritual:

—Veinte, veintiuno, veintidós...

Y salen por el otro foro. ¿Un conjuro, una manía colectiva? No. Están contando los tiempos musicales, para llegar acordadas al momento de su intervención. Una vez me contaron la anécdota de un célebre «bombo» de la orquesta del teatro Real. Como es sabido, en las óperas la batería tiene escasisima intervención, y el músico encargado de ella—muy aficionado al «morapio»—daba su golpe de platillo o de bombo y se encaminaba hacia la salida murmurando: «Uno, dos, tres, cuatro... diez, once...». Abría la puerta, «dieciséis...», veintidós, veintitrés...»; llegaba a la taberna y se acodaba en el mostrador: «Cincuenta y cuatro, cincuenta y cinco, ¡un tinto, Manuel!; cincuenta y ocho, cincuenta y nueve...»; pagaba, emprendía el camino de regreso, alcanzaba su sitio, ciento catorce, ciento quince: ¡¡pom!», sacudía el golpe en el momento justo.

Manolo Alares nos dedica un buen rato. Aparenta más serenidad que la que tiene, y es consciente de la importancia y expectación que ha despertado su debut.

Y no hablamos de la apoteosis del segundo acto, en la que se cambian, en pocos segundos, tres veces los trajes y los decorados, porque es algo que ya, a la hora de salir hoy MADRID, será comentado y sabido por todo el mundo.

Cuando termina la función se unen en un abrazo los tres afortunados autores, formando un grupo digno de rematar una fuente ciudadana. Luis Tejedor le dice a Moraleda:

—¡Lo que nos has hecho padecer!—y dirigiéndose a mí, aclara: Estaba en Sevilla cuatro días antes del estreno. Cuando las nieblas, ¿sabe? Todas las mañanas, al despertarme, le preguntaba yo a mi mujer: «¿Qué tiempo hace?» Y cuando contestaba: «Nublado», me llevaban los demonios.

EUGENIO SUAREZ

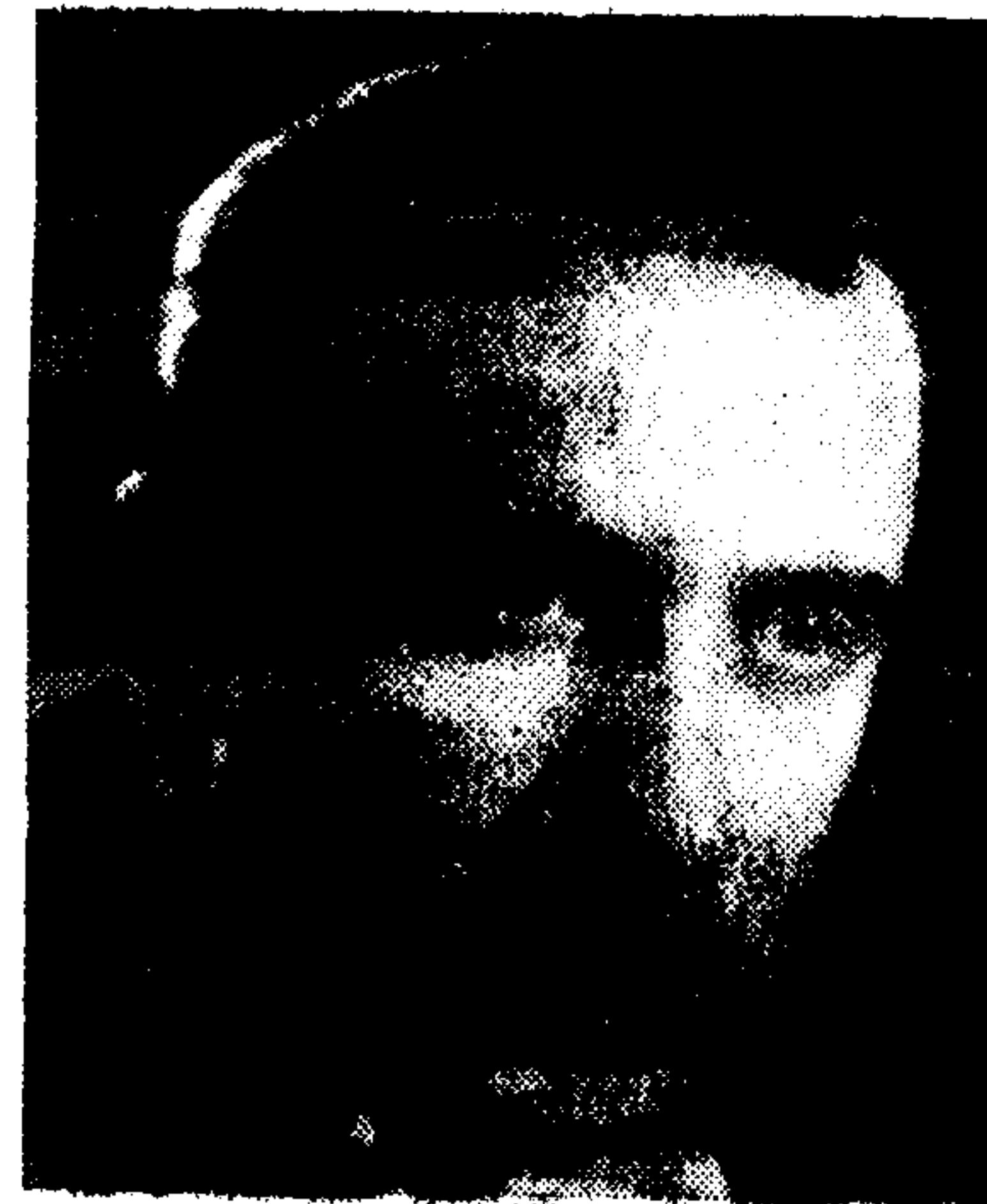
EN LARA INAUGURACION DEL TERCER CICLO DE «ALFORJAS PARA LA POESIA»

De nuevo el teatro Lara va a ser el centro de reunión de todos los aficionados a la poesía. Mañana, domingo, Conrado Blanco inaugurará el tercer ciclo de sus «Alforjas para la poesía», con una sesión dedicada a la Navidad, en la que intervendrán los siguientes ilustres poetas: José María Pemán, Eugenio d'Ors, Adriano del Valle, Alfredo Marquerie, Lope Mateo, Manuel Fernández Sanz, Federico Muelas, José García Nieto y José Antonio Medrano.

Lo que no sabe usted de «Historia de una escalera»

Diálogo en el descansillo con Cayetano Luca de Tena y Buero Vallejo

Ustedes perdonen si uno tiene el buen gusto de repetir. Viajamos por los teatros con «vale», y es la cuarta vez que vemos «Historia de una escalera», en el Español. Y ahora, conste que esto que vamos a decir no es pagar el «vale». Si no la sorpresa de un servidor de ustedes de verse por primera vez en el descansillo, aprovechando el entreacto y la delicadeza de Cayetano Luca de Tena y Buero Vallejo.



Cayetano Luca de Tena

Es que en el saloncillo se nos ocurrió decir:

—Hombre... Lo que yo no sé, Cayetano, es cómo está montada esa escalera, que está siendo más admirada que la Giralda.

Y Cayetano, que lleva sangre sevillana en sus venas, se levantó de un salto para responder:

—Venga usted, y acompañados de ese feliz autor de la gran comedia, el atento Buero Vallejo, marchamos hacia el escenario.

Y ya estamos los tres en el descansillo. Una impresión de solidez nos corre desde los talones a la raíz del pelo.

—Pero esta escalera está mejor hecha que la de mi casa, y pago cerca de quinientas pesetas de cuarto.

—Así tenía que ser—ilustra Cayetano Luca de Tena—. Yo estaba seguro del éxito, y la obra de manipostería se hizo a conciencia.

El humor está también con nosotros en el descansillo. Porque Buero Vallejo añade:

—Es que por esta escalera baja y sube, tarde y noche, más gente que por la de la casa de usted.

—¡Vamos camino de las doscientas representaciones! Así es que multiplique usted por el número de actores, y... ¿cuántas pisadas salen?—requiere Cayetano.

—No sé multiplicar.

—Gracias a Dios, se dice—intercala Buero Vallejo.

—Es el realismo de la obra—opina Buero Vallejo—. Y los actores, también vecinos de la calle de la Argumosa. Pero eso se debe a éste—y señala a Cayetano—, que quería poner en el zaguán hasta una fuente con agua de Loroza.

—¡Colosal! ¡Y por qué no la puso usted?

—Por las restricciones. Aquí, en mi teatro, ni hay restricciones en nada ni nada que no tenga vida propia. Y el agua es el alma de la fuente—replica seriamente Cayetano.

—Oye, ¿me permites que te coja esa frase?

—Coge lo que quieras.

Como el teatro está tan lleno que el «vale» nos ha dejado tirados en la fila veintiuna, y gracias, comentamos:

—Pues que sigan los llenos, ¿verdad? Para satisfacción de ustedes, les diré

que es en los mismos teatros, entre la gente de la escena y en los saloncillos donde mejor se calibran los éxitos ajenos, y la otra tarde le he oído decir a un autor famoso que éxito como este de «Historia de una escalera» él no lo recuerda en muchos años. Y que la comedia es de las que quedarán.

—Lo cierto es, ahora que no nos oye nadie—¡no!—, que esperábamos un buen éxito, pero no este escándalo. Mire usted: yo sé de personas que la han visto dos o tres veces, y aquí estamos, sin poder estrenar, porque por dos veces que se ha dicho en los periódicos que estábamos ensayando otra cosa, han llovido cartas sobre el teatro de personas que ya la habían visto y querían verla otra vez.

—Aquella de la señora que decía que venían a Madrid su hija y su yerno para Pascuas, y nos rogaba que no la quitáramos antes, tenía gracia.

—Sobre todo, para ti—dispara Cayetano Luca de Tena.

—Y para ti, que eres el director de todo, ¿no? Es que en seguida crees que me guía el interés. O es que el ambiente, esta escalera—que, como dice «Sincerator», es mejor que la de su casa—, y el trabajo de los actores, ¿lo he hecho yo?

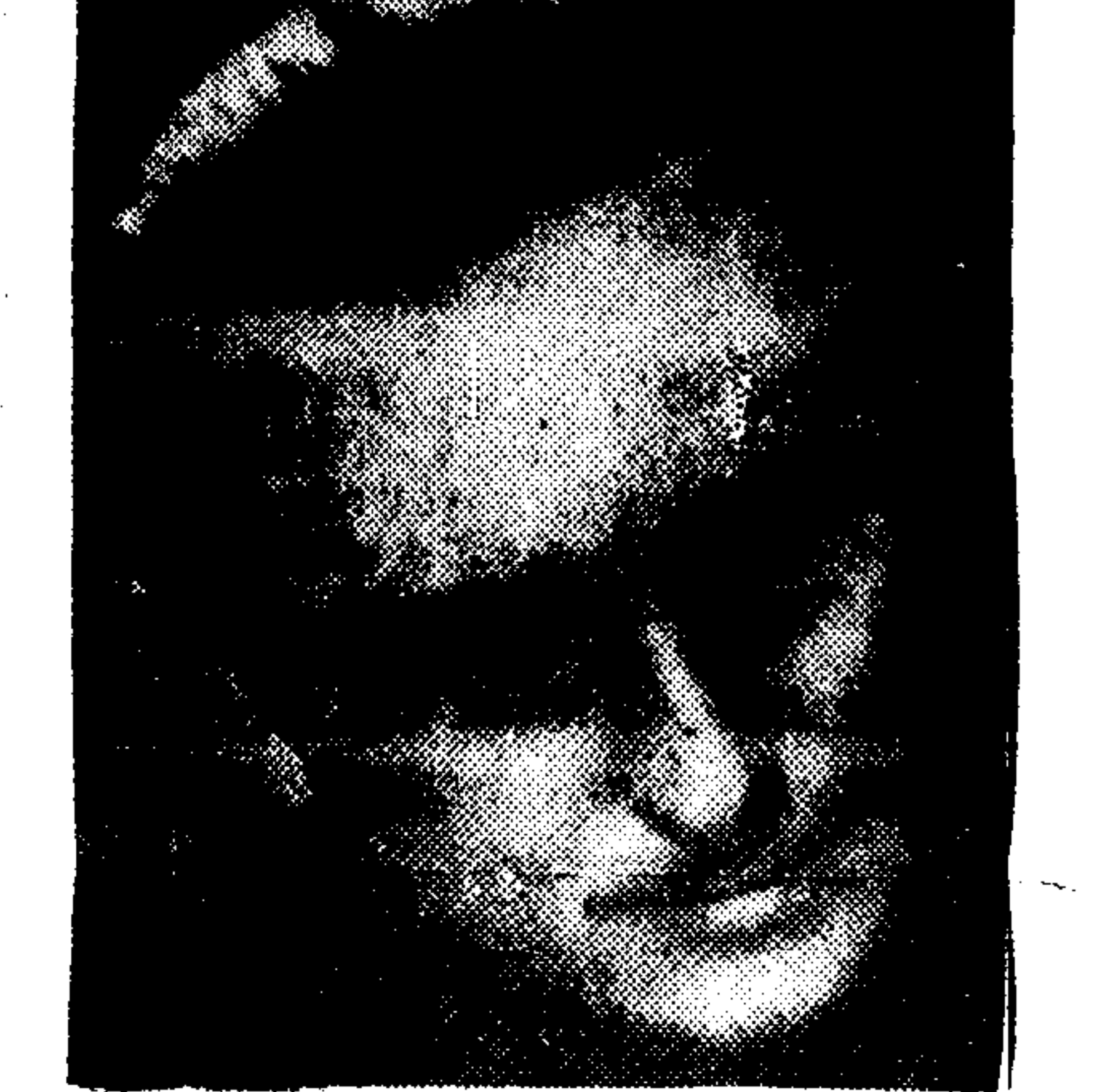
—En el teatro—terciasmo—no hay más interés que el del público. Y si lo tiene o no lo tiene... asómense ustedes al patio de butacas.

—Ya me he asomado.

Cayetano, tan seriente siempre, se tira de risa: Buero Vallejo, algo desconcertado, agrega:

—¡Y tú también te has asomado!

Ahora sueltan la carcajada los dos y se dan un abrazo en el descansillo, un



Antonio Buero Vallejo

abrazo sobre y sincero, de la calle de la Argumosa también y de hombres que tienen su corazoncito.

—¡Voy a dar el tercerol!—oímos gritar al avisador.

Y salimos los tres arreando escalones abajo, sin que tiemble ni un ladrillo. ¡Y con nuestro peso!

Ya en la escena, le decimos a Buero Vallejo:

—Esta escalera no hay quien la mate.

Reímos los tres de nuevo. ¡Y a la fila veintiuna, al trote! Estas obras de gran éxito le perjudican a uno bastante,

SINCERATOR